

imperio autoritario quemase sus naves.» «El arte de gobernar, continuó, es el arte de ceder con oportunidad y no el de resistir.» Exhortaba al gobierno á que no se asustase demasiado de las oposiciones. «Estas son la sal de la política.» Y continuaba en esa forma paradójica á que era tan aficionado: «Creo de veras que los espíritus locos son útiles en un país.» Volviendo al poder personal: «El gran mérito de la Constitución, dijo, consistía en ser modificable; de ella no queda gran cosa; por esto me agrada.» El príncipe calificaba así el senadoconsulto: «Todo lo que contiene es bueno, pero no todo lo bueno se encuentra en él.» Partiendo de aquí, enumeraba sus deseos. Sentía que la responsabilidad ministerial no fuese restablecida sino en términos equívocos. Deseaba que el Senado, á ejemplo de la antigua Cámara de los Pares, compartiese con la Cámara de los diputados el poder legislativo. Juzgaba oportuno que la Constitución pudiese ser libremente discutida. Desde el punto de vista electoral, manifestaba el deseo de que las circunscripciones, en vez de ser arbitrariamente fraccionadas, tuviesen el distrito por base. Finalmente se pronunciaba por una amplia reforma municipal.

Aunque contestable en diversos puntos, este programa tenía un aire de resolución que contrastaba con el lenguaje un poco ambiguo de la política oficial. Desgraciadamente el príncipe poseía un don funesto, el de echar á perder su propia sensatez. Censurador por naturaleza, amigo apasionado de la controversia, se complacía en provocar ó desagradar como otros se complacen en atraer ó en seducir. La palabra pública, para él, era menos un medio de convencer que un pasatiempo de hombre estragado que procura distraerse y busca ante todo el efecto, aunque sea un efecto de reprobación y de escándalo. Ambicionaba más el ruido que el éxito. ¿Y qué mejor medio de hacer ruido en el Senado que jugar al demócrata? No puede negarse que era partidario de la libertad, aunque lo fuese más bien por coquetería que por pasión: en el Luxemburgo era doblemente partidario de ella, por sí misma y por espíritu de contradicción. Pronunciando un discurso muy político se había ingeniado, de paso, en destruir el efecto de sus argumentos, mejor de lo que hubiese podido hacerlo el más hábil de sus adversarios. Su tesis hubiera debido insinuarse poco á poco en el ánimo de ancianos desengañados, inclinados á la duda, desconfiados de las innovaciones. Semejante tarea exigía un tacto exquisito, mucha sangre fría y sobre todo esas formas deferentes que, viniendo de hombres más jóvenes, encantan á los hombres de avanzada edad. La naturaleza había negado el juicio al príncipe del mismo modo que le había prodigado la inteligencia: no tenía este Bonaparte la posesión de sí mismo que nace del estudio y de las convicciones serenas y fuertes; en cuanto á las formas deferentes, ignoraba hasta la noción de ellas, pues era de los que se pasan la vida en atropellar todos los respetos. Habiendo desplegado mucho talento en edificar una argumentación vigorosa, pensó que le quedaba un sobrante y lo empleó en seguida en mortificar á los que hubiera debido convencer. El dictamen reflejaba la opinión general del Senado, y, como tal, debía ser tratado con consideración. El orador no dejó de emprenderla contra la comisión «que parecía aprobar de mala

gana y con reservas.» El terreno de los debates era bastante vasto para que no se saliese de él. El príncipe, todo fantasías impetuosas, no conocía aquellas marchas regulares y echó por toda clase de atajos, escogiendo los más inoportunos. Ante los senadores que habían conocido y servido á la antigua monarquía, habló de las mezquindades del régimen de Julio, y sobre todo de la Restauración, de la bandera blanca y de los furgones del extranjero. Aquello parecía un artículo del *Siècle*, pero embutido de vivos colores que disfrazaban un poco la vulgaridad de los pensamientos. El príncipe continuó soltando raudales de palabras apresuradas que no permitían contar los golpes vigorosos ni las torpezas. Tropezó en su camino con el ponente, Sr. Devienne, y, como en nada sabía contenerse, mostróse con él duro hasta el ultraje. «En mis viajes á Venecia, dijo, he leído: Dios me guarde de mis amigos, que de mis enemigos me encargo yo.» El mismo desdén alcanzó á todo el Senado. Después de haber establecido la hostilidad secreta de la alta asamblea contra las reformas, el príncipe añadía con despreciativo desenfado: «No habrá grande oposición en este recinto; esto será la visión de San Pablo en el camino de Damasco.» Al sentarse el orador, resultó que había mezclado, por decirlo así, dos arengas, una llena de observaciones sagaces y la otra llena de ataques bruscos; y ésta había destruido toda la autoridad de aquélla. Era inútil contestar á quien de tal modo se había desacreditado á sí mismo. El ministro del Interior, Sr. Forcade la Roquette, osó señalar, aunque respetuosamente, algunas de las temeridades del príncipe, y el Senado, que por deferencia había contenido sus murmullos, aplaudió calurosamente la réplica. Esta pequeña manifestación lo resarcíó de su larga paciencia.

En 6 de septiembre, el senadoconsulto fué votado, y las desconfianzas no se tradujeron más que por tres sufragios hostiles, los de los señores Boulay de la Meurthe, barón de Vincent y Ernesto de Girardin. Si únicamente se tenía en cuenta la legislación, el imperio liberal quedaba fundado. Y, sin embargo, el soberano, que tan noblemente acababa de despojarse, no sintió subir hasta sí el gran movimiento de gratitud que su generosa iniciativa hubiese merecido.

Prevost-Paradol escribía en *Los Debates* el 16 de septiembre de 1869: «El emperador sigue mejor, á no dudar; pero el imperio se halla en una situación delicada que exige un tratamiento inteligente y resuelto.» Este lenguaje reflejaba la manera de pensar de los liberales más sinceros. El senadoconsulto realizaba sus mejores aspiraciones; pero si dirigían una mirada al personal imperial, los recelos volvían á apoderarse de su ánimo. ¿Quién era ministro del Interior? Un hombre de mucho mérito, sin duda, pero el mismo que tres meses antes había practicado, como en 1863 y como en 1857, la candidatura oficial. Ciertas medidas de detalle acusaban en la política imperial tendencias contradictorias. Un día, el Sr. Latour-Dumoulin, uno de los miembros más activos del centro izquierdo, fué nombrado comendador de la Legión de Honor. ¿Quién refrendó el decreto? El Sr. de Forcade la Roquette, que en las últimas elecciones había combatido en el departamento del Doubs al mismo Latour-Dumoulin como enemigo del imperio. Los prefectos que durante diez y siete años

habían ponderado la Constitución de 1852 ¿serían los representantes autorizados de un régimen transformado? En las circulares, en las decisiones ministeriales, ningún acto marcaba bien la división entre el presente y el pasado. Los liberales se sentían alternativamente atraídos y desairados, y vacilaban en entregarse al príncipe tanto como el príncipe en orientarse hacia ellos.

Las mismas señales de incertidumbre que inclinaban á la reserva á los nuevos amigos del imperio mantenían entre los partidarios del antiguo régimen un resto de esperanza. Estos experimentaban la sensación de un alejamiento momentáneo, no de una desgracia definitiva. Sabían cuán bueno y débil era el emperador y lo mucho que le desagradaba ver caras nuevas. Si no habían podido evitar el voto de las leyes liberales, ¿no lograrían impedir la constitución de un partido homogéneo encargado de aplicar estas leyes? Imbuídos en este espíritu, se apropiaban ingeniosamente las máximas más puras del derecho constitucional: la verdadera regla del régimen parlamentario consistía, según decían, en gobernar con la mayoría. Pero la verdadera mayoría ¿se encontraba entre los ciento diez y seis, grupo fluctuante, fácil de disgregar? Numérica y moralmente, ¿no se hallaba más bien á la derecha, entre las filas compactas de los verdaderos amigos del imperio? Seguía una comparación favorable á los antiguos servidores del reinado. ¿A quién se entregaría el emperador? ¿A Emilio Ollivier, orador eminente, pero de criterio poco seguro y desacreditado como todos los tráfugas? ¿A los miembros del centro izquierdo, orleanistas disfrazados? Francamente, valía más Rouher. Este lenguaje, repetido bajo todas las formas, no dejaba á Napoleón insensible. Este suspendía las medidas decisivas y acariciaba de nuevo la idea de fundir juntos el presente y el pasado. En esto creía obrar con prudencia: pero donde el genio crea conciliación, la mediocridad no produce más que confusión. Mientras tanto, los viejos imperialistas fundaban su principal esperanza en la reacción que los excesos revolucionarios no dejarían de traer. Las locuras de los *rojos*, decían, asustarán á los burgueses, y los burgueses, á su vez, suplicarán al emperador que retire todo lo que haya concedido.

Los partidarios del gobierno personal no dejaban de tener razón cuando hablaban de los excesos de los *rojos*. Bajo un imperio francamente liberal, los radicales y los jacobinos hubiesen sido reducidos al estado de facciosos. Bajo un imperio autoritario hubieran sido contenidos y aterrorizados. Pues bien, ellos eran los que se aprovechaban de aquel estado de transición enervante en que se gastaban á la vez la autoridad y la libertad. Sus provocaciones ocuparon los últimos meses del año 1869.

Los periódicos *Le Rappel* y *Le Réveil* dirigían el coro de las violencias, predicando abiertamente la rebelión y haciendo subir el ultraje hasta el soberano. Como había vuelto con el otoño el momento propicio para los congresos, los delegados de la *Internacional* se reunieron el 6 de septiembre en Basilea. Allí proclamaron la abolición de la propiedad individual y, antes de separarse, se dieron cita para el año siguiente en «*París Libre*.» Ocho días después, el 14 de septiembre, abrióse otro congreso en Lausana, el congreso de la *Paz y de la Libertad*. En él no faltaron las pala-

bras sensatas, pero fueron inmediatamente cubiertas por las palabras acerbas ó quiméricas. Afirmóse la paz perpetua, pero con la reserva de una última guerra que tendría por objeto la abolición de todas las tiranías. Al cabo de cinco días cerráronse los debates con un discurso de Victor Hugo, que celebró, con aplauso de la mayoría, «el abrazo de la República y del socialismo (1).» La ley sobre las reuniones públicas quitaba á estas manifestaciones en tierra extranjera su mayor oportunidad, y no había extravagancias para las cuales fuese necesario emigrar. En el mes de octubre volvieron á abrirse los clubs, que habían estado algo desiertos durante el verano. Atraieron menos curiosos que el año anterior, pues el público estaba ya hastiado de tales espectáculos; pero los discursos fueron más violentos. A fin de marcar bien la hostilidad contra el imperio, eligieron para presidentes de honor algunos de los proscritos más famosos, tales como Rochefort, Barbés y Victor Hugo, y hasta se atrevieron á proclamar á Tibaldi, el conspirador condenado por complot contra la vida del soberano. Un día (el 10 de octubre), en que el comisario de policía tuvo que disolver una reunión que se celebraba en el teatro de Folies-Belleville, hubo gran algazara. Al día siguiente *Le Réveil* y *Le Rappel* hablaron de «escenas espantosas,» de una «verdadera batalla entre ciudadanos sin armas y los agentes armados de su espada (2).» La reseña era excesivamente trágica. La información judicial hizo constar que sólo hubo cinco clubistas contusos; pero un joven que se había caído produciéndose una herida de la cual manaba mucha sangre, fué puesto en una camilla y paseado como si hubiera sido un cadáver á fin de excitar la cólera del pueblo (3). Así empezaba, pero en proporciones miserables y con todo el ridículo de la impotencia, el ensayo de las escenas con las cuales se inician las revoluciones.

Lo que en los arrabales de la capital no era más que parodia, se transformaba en otras partes en colisión sangrienta. El año de 1869 fué por excelencia el de las huelgas. Durante el verano las había habido en París, en Lyon y en Carmaux. Hemos referido la de Ricamarie. En 7 de octubre el trabajo cesó en las minas de Aubin. Los obreros reclamaban la cesantía de uno de los agentes y el establecimiento de libretas para hacer constar el trabajo á destajo. La excitación de los ánimos hizo pronto toda negociación estéril. Varias partidas de revoltosos invadieron las oficinas de la dirección, maltrataron á uno de los ingenieros y á un magistrado que procuraba restablecer la calma. Algunas tropas procedentes de Rhodéz y de Villefranche evitaron mayores excesos. En la mañana del 8 de octubre formáronse grupos que trataron de invadir las herrerías, defendidas por un destacamento de unos treinta hombres que fueron acorralados, insultados y apedreados. En vano trataron éstos de rechazar á los manifestantes, muchos de los cuales osaban acercarse á ellos é intentaban quitarles los fusiles. El oficial que mandaba la sección temió que sus soldados fuesen

(1) Véase *Le Rappel* de 21 de septiembre de 1869.

(2) Véase *Le Rappel* de 12 de octubre de 1869.

(3) Véase el proceso de la reunión de Belleville; pedimento del abogado imperial Aulois (*Gazette des Tribunaux*, 30 de octubre de 1869).

arrollados y desarmados. Asegúrase que se oyó gritar: «¡Salve cada cual su pellejo (1)!» Partieron siete u ocho tiros seguidos de otros tiros separados. Fuese por exasperación, fuese por pánico, la mayor parte de los soldados tiraron varias veces. Hubo catorce muertos, unos veinte heridos, y en los anales del segundo imperio la catástrofe de Aubin fué tan famosa como la de Ricamarie (2).

Desdeñosos de la Constitución, los enemigos del imperio la estudiaban atentamente. Su trabajo no fué estéril, por cuanto descubrieron en ella un texto que les pareció á propósito para legitimar la agitación. La ley fundamental de 1852, en su artículo 46, obligaba al gobierno, en caso de disolución del Cuerpo legislativo, á convocar la nueva asamblea en el plazo de seis meses. Como el decreto de disolución databa del 23 de abril, el último plazo para la reunión de los diputados era el 26 de octubre, y se acercaba este día. Si el poder ejecutivo dejaba transcurrir esta fecha sin cumplir con dicho artículo de la ley, los representantes del pueblo tendrían derecho á reunirse por su propia iniciativa y á inaugurar por sí mismos el ejercicio de su mandato.

La teoría fué explanada por primera vez por un diputado de Finisterre, el Sr. de Kératry, en una carta al periódico *Le Temps*. Desde luego la tesis pareció poco sostenible. Los que de antemano denunciaban la violación de la ley se olvidaban de que el Cuerpo legislativo había sido convocado el 28 de junio. Sin duda la legislatura había tenido el carácter de extraordinaria y había sido interrumpida de una manera tan brusca como lamentable; pero no era posible tenerla por nula, puesto que había tenido por resultado el constituir los poderes de los electos. El llamamiento del Sr. de Kératry encontró poco eco. Las únicas adhesiones fueron la del viejo Raspail, la del Sr. Girault (del Cher) y la del Sr. Marión (del Isere): «Entre cuatro, decía satíricamente el *Diario de los Debates*, se puede jugar una partida de *whist*, pero no se hace una revolución (3).»

Estas voces debilitadas ó desconocidas se absorbieron pronto en una voz más potente. Gambetta se hallaba entonces en Suiza. En 1.º de octubre escribió de Montreux al *Avenir national* para asociarse á la protesta. Tribuno en sus cartas como en sus discursos, saludaba el sufragio universal, «ese maestro de maestros, tenido en jaque desde hacía demasiado tiempo por el poder ejecutivo, que no era más que su percedera hechura.» «Hay que acabar, añadía, con las incalificables resistencias,» y terminaba con la promesa de presentarse el 26 de octubre en el sitio ordinario de las sesiones. En esto se publicó el decreto de convocatoria. La fecha señalada por el gobierno era el 29 de noviembre. Tan excesivo retraso pareció una fanfarronada. «Que los diputados de la izquierda cumplan con su deber, decía *Le Rappel*. Partirán cuarenta de la plaza de la Bastilla, y serán cien mil en la plaza de la Concordia (4).» Du-

(1) Declaración del soldado Teulié (proceso de las minas de Aubin).

(2) Proceso de las minas de Aubin (*Tribunal de Villefranche, audiencias de los días 8 y 9 de noviembre de 1869*). — Véase también el *Journal officiel* de 17 de octubre de 1869.

(3) *Journal des Débats*, 2 de octubre de 1869.

(4) *Le Rappel*, 6 de octubre de 1869.

rante algunos días, la animación de las palabras pareció á ciertas personas presagio de insurrección. ¿Qué iba á pasar el 26 de octubre? Tal era la pregunta que los políticos se hacían con alguna inquietud.

«Tenemos actualmente, escribía Prevost-Paradol, dos gobiernos que se absorben ínterin llega la lucha: el gobierno imperial que se halla en Saint-Cloud ó en Compiègne, y el gobierno republicano que reside en todas partes y en ninguna.» Los partidarios del imperio autoritario, lejos de temer una jornada, la deseaban ardientemente. Por esto excitaban á los revolucionarios, tachándolos de cobardes y retándolos. ¿Podían dudar de que, al día siguiente de una sedición vencida, verían volver hacia ellos al soberano desengañado?

Los burgueses hacían mal en temer, y los autoritarios en esperar. Aquella época fué la de las violencias débiles, de las parodias de la revolución: la misma revolución era superior á los ánimos. Toda la izquierda parlamentaria repudió todo proyecto de salir á la calle. «Provocando un nuevo 13 de junio, decía, se provocará un nuevo 2 de diciembre.» Los *irreconciliables*, que no ignoraban que París estaba lleno de tropas, se alegraban de poder apoyarse en ese abandono. En términos voluntariamente vagos empezaron á hablar de *resoluciones colectivas*. *Le Rappel* preparó la retirada proclamando sentenciosamente que «la energía había de revestirse de prudencia.» Víctor Hugo escribió para desaconsejar la acción. A decir verdad, la retirada se operó en medio de un raudal de palabras furibundas. La izquierda, en un solemne manifiesto, acusó al gobierno «de haber hollado las reglas constitucionales.» Por su parte los demagogos y los socialistas la emprendieron contra los diputados de la izquierda, sin exceptuar siquiera á Bancel, que «no era más que una lira,» ni á Gambetta, que, á intervalos, era sospechoso de sensatez.

Así llegó el 26 de octubre, día famoso por todas las cosas que en él habían de verse y que no se vieron. La prefectura de policía hizo pegar en las esquinas la ley sobre los grupos tumultuosos, precaución inútil y hasta desacertada, pues de este modo se recordaba lo que muchos habían olvidado. Todo ayudó á la tranquilidad pública, todo, hasta una copiosa lluvia que duró toda la mañana. Hacía la una, despejóse el cielo, y los curiosos se aventuraron por el barro líquido de la plaza de la Concordia. Un excéntrico llamado Gagne se puso á leer versos, en medio de un pequeño grupo que la policía benévola desdeñóse de dispersar.

A cosa de las tres, el emperador se dejó ver y fué aclamado. La noche no tardó en caer sobre la ciudad tranquila, y todo el mundo se felicitó: los demagogos de haber sido tan sensatos, y los imperialistas de que sus enemigos no se hubiesen atrevido á dar la batalla.

«Los *chassepots* estaban dispuestos aunque bien ocultos,» escribía Merimée hablando de la jornada de 26 de octubre. Los que temían á los *chassepots* tuvieron pronto ocasión de mostrarse facciosos sin peligro. Como cuatro de los diputados electos por París habían optado por otras circunscripciones que también los habían elegido, había cuatro puestos legislativos vacantes en la capital. Un decreto convocó á los electores para los días 21 y 22 de noviembre.

Para estos cuatro puestos surgieron en seguida unas

treinta candidaturas. Fué una prodigiosa emulación de apasionadas concupiscencias, de retórica huera y de violentas necesidades. Todo lo que no cupo en los manifiestos se expuso en las reuniones. Aparecieron Cantagrel y Alfonso Gent, derrotados en las últimas elecciones generales. Desde la cárcel de Santa Pelagia, Carlos Lullier se presentó candidato en la tercera circunscripción, invocando «la sombra y los recuerdos de Dantón.» Al lado de los que descontaban el triunfo, hubo los que de antemano pronosticaban su propia derrota. Tal fué el socialista Tony Moilín. «Ignorantes y crédulos como sois, decía á sus electores, vais á dejaros engañar por pretendidos irreconciliables que no desean más que reconciliarse con el Imperio liberal y ser ministros de Napoleón III ó de Napoleón IV.» Delescluze proponía las candidaturas injuramentadas de los antiguos jefes de la república radical, como Ledru-Rollin, que se encontraba en Londres, y Barbés, que se hallaba en La Haya. Mientras tanto, en la primera circunscripción, se había buscado un candidato que representase mejor que Bancel, mejor que Ferry y mejor que Gambetta la hostilidad al Imperio, y se había pensado en Rochefort. En las elecciones generales, éste había seguido de cerca á Julio Favre en el número de votos obtenidos y esperábase que en las elecciones del 22 de noviembre sería el adversario afortunado de Carnot.

Rochefort estaba desterrado en Bruselas. Un redactor del *Rappel*, llamado Albiot, recibió el encargo de llevarle la comunicación del deseo popular y de hacerle venir con él. El autor de *La Linterna* había sido condenado por golpes voluntarios (1), condena que la amnistía no había borrado. Al llegar, en 5 de noviembre, con su compañero á la aduana francesa de Feignies, el comisario de vigilancia lo mantuvo en arresto provisional y provocó los órdenes del prefecto del Norte. Este consultó al ministro y el ministro consultó al emperador. La decisión del soberano fué que dejasen pasar al libelista. Aquella noche se celebraba una reunión pública en el *Gran Salón* de la Chapelle, constituyendo la mesa los señores Miliere, Vermorel y Lissagaray, nombres desconocidos entonces, pero que pronto habían de adquirir fama. Durante la sesión llegó no el que esperaban, sino Albiot solamente, el cual había podido continuar su camino y contó la detención de su compañero de viaje. A esta noticia los asistentes á la reunión se exaltaron y opinaron que todas las candidaturas debían retirarse ante la del hombre perseguido. En presencia de aquella especie de intimación, Julio Vallés, Cantagrel y el mismo Laurier, aunque con pesar, consumaron el sacrificio. Desde aquel momento, en la lucha electoral de París el nombre de Rochefort dominó hasta el punto de hacer olvidar á los demás. Su arresto no había sido largo. En la noche siguiente era esperado en una reunión pública que se celebraba en la calle de Doudeauville. Su llegada dió lugar á manifestaciones de verdadera idolatría. Cada palabra que salió de sus labios fué interrumpida por frenéticos aplausos; de la calle de Doudeauville fueron triunfalmente á la calle de Crimea, pues era necesario exhibir por todas partes al que acababan de recobrar.

(1) Véase la *Gazette des Tribunaux*, de 23 de agosto de 1868.

Los ídolos no necesitan ser elocuentes, pero con la condición de no prodigarse mucho. Rochefort, tan espontáneo y chispeante con la pluma en la mano, experimentaba, como ha confesado él mismo, el vértigo de las muchedumbres. El primer día, sus palabras entrecortadas y sin ilación se perdieron en las obstinadas ovaciones. El segundo día, sus incoherencias se atribuyeron á la fatiga y á la emoción. El tercer día, como repitiese con la misma voz ronca las mismas protestas, los escépticos pidieron que el discurso único variase. El nuevo favorito de los arrabales desempeñaba, por lo demás, un singular papel. Resignábase al juramento, pero se asimilaba, ó se dejaba asimilar á los injuramentados. Delescluze, siempre receloso, no dejó de hacer ver esta casuística. «Si tan alegremente prestas un falso juramento al poder, escribía en el *Réveil*, ¿cómo hemos de creer en la sinceridad de las promesas que haces al pueblo?» Una prudente ausencia evitó la declinación de aquel ruidoso favor popular. El 10 de noviembre, en el bulevar de la Chapelle, esperóse en vano á Rochefort. Luego se supo que había salido para Inglaterra y Holanda, con una misión, se dijo, cerca de Ledru-Rollin y de Barbés. De este modo, el autor de *La Linterna* se halló dispensado de nuevas palabras facciosas. Bien que era faccioso con una restricción extraña, pues la justicia le tenía cogido en virtud de una orden de arresto cuya ejecución tenía en suspenso la indulgencia imperial. ¡Epoca singular en que todo era parodia! Se había proyectado un motín y éste se convertía en la jornada del 26 de octubre; forjábanse en los clubs llamamientos á la insurrección, pero bajo la vigilancia de la policía, y Rochefort hacía de revolucionario, pero con permiso de las autoridades.

¿Qué más diremos? Los resultados del escrutinio fueron menos locos de lo que hacía suponer el desenfreno de las palabras. Otra vez el sufragio universal elevó á republicanos burgueses: Manuel Arago, Crémieux y Glais-Bizoin fueron los nuevos diputados. Sin embargo, se destacaba de entre ellos Rochefort, elegido por 17.900 votos. En el ánimo de la población parisiense, este nombre significaba el ultraje personal contra el emperador, y el público olvidó todas las demás elecciones para no fijarse más que en ésta.

XIII

En medio de aquellas lastimosas escenas, dominaba en el país el deseo de escapar al régimen de transición y encontrar en un gobierno homogéneo una orientación bien determinada. Napoleón se ocupaba en la formación de este gobierno, pero con vacilaciones y rodeos propios para retrasar ó complicar la solución.

El hombre político más en evidencia era Emilio Ollivier. El emperador tenía puestos en él sus ojos, con una curiosa mezcla de temor y simpatía. Sentíase muy inclinado hacia este personaje, y estaba persuadido de que tarde ó temprano tendría que acogerlo; sin embargo, temía elevarlo á un puesto demasiado preeminente; le asustaba el escándalo de semejante novedad y hubiera deseado utilizar sus servicios sin entregarse enteramente á él. Entretanto, el soberano había acreditado como publicista oficioso á Clemente Duvernois, que se le acercaba con frecuencia á recibir inspiraciones y ha-